



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11488

AÑO XXXIX

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 7 DE DICIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## HABLAR DE LA MAR

Traer á colación las causas que han producido la pérdida de nuestras colonias es hablar de la mar.

Se enumeran vergüenzas increíbles; se habla de afrentas que son rojan y se echan en cara unos á otros la culpa de tal pérdida, como si esas causas permanecieran ocultas en los tiempos antiguos á los cuales no llegara el recuerdo.

Como razón indisputable y para echar sobre la agena espalda la responsabilidad del desastre, se alega que mandamos doscientos mil soldados á la gran Antilla. Es cierto; pero ya han dicho los peritos en achagues de guerra como los mandamos sin instrucción alguna, casi sin conocer el arma que la patria les entregaba para su defensa. En tales condiciones pelearon con el clima, con los mamabises, con los americanos, contra la mala fé y contra la traición de los amigos.—que de todo ha habido en esa campaña de Cuba,—sin que el ejército español, compuesto de soldados bisoños, que mas que hombres parecían espectros, haya abatido en el combate sus banderas.

No, no es el ejército el que ha sido vencido, sino la imprevisión. En mejores condiciones luchan hoy los ingleses contra los boers y no hacen mas ni tanto como hicieron los soldados españoles en Cuba. Ellos tienen en la colonia del Cabo carreteras y ferrocarriles y nosotros no tenemos en la gran Antilla más que malos caminos de herradura y callejones abiertos en la enmarañada manigua que eran vías directas á la muerte.

No fueron los soldados los que dejaron incumplidas las condiciones del Zanjón, causa principalísima de la desdicha que se lamenta; no fueron ellos los culpables de que no llegara á construirse el fe-

rocarril central ni hicieron hincapié en que no fueran reducidos los aranceles. Eso lo hicieron los políticos; mas no son estos solos los culpables, sino los comerciantes que echaron en la balanza su influencia, olvidándolo todo para acordarse no más que de las ganancias que el mercado cubano les ofrecía.

¿Que es una gran vergüenza lo que ha ocurrido? Sí, lo es, vergüenza grande, tan grande, que ninguno de los que la han traído quiere aceptar la parte que le toca en la misma y la arroja sobre el vecino, como si al rechazarla pudiera ser borrado de la memoria el recuerdo de lo pasado.

De la pérdida de las colonias tienen la culpa los políticos que fueron débiles para dejarse influir por la industria y el comercio ca balanes, á los cuales convenía el incumplimiento del tratado del Zanjón. Santiago de Cuba no pudo ser socorrido á tiempo porque á la industria naviera no le convenía el ferrocarril central: que de estar hecho en 1898, hubiera llevado en un instante á la capital de Cuba masas combatientes para aplastar á los americanos.

Hablar de la pérdida de Cuba es hablar de la mar. Pretender deducir responsabilidades es incitar á bajar hasta el fondo de esa cuestión desdichada y en ese fondo se agitan los políticos, los comerciantes, los industriales, los banqueros, todo lo que teniendo vida ha hecho inconscientemente con sus egoísmos y sus ambiciones la causa de los separatistas.

Y no vale negarlo buscando disculpas que no son admisibles, porque lo ocurrido es de ayer y lo recuerda perfectamente la memoria.

## TIJERETAZOS

La Correspondencia Militar la emprende con las Cámaras de Comercio y

llama á sus componentes mercachifles y otras cosas mas gordas.

De eso á la lucha de clases no hay más que un paso.

Y Dios nos coja confesados si estalla, sobre todo á los que, fuera de a candente arena donde se lucha por los intereses, miramos entristecidos á pelea y pensamos en los inuestos resultados que puede acarrear.

En esa lucha se oprimen armas de doble filo.

Y se aduce como razón suprema el más eres tú.

Y ni las armas son de ley ni la razón convence á nadie que la escucha.

De lo que todo el mundo queda convencido es de que nadie se encuentra libre de pecado para arrojar la piedra. Para recibirla es ya cosa distinta.

Todos tenemos derecho á la primacía.

Dice *El Herald*:

«El gobierno inglés, sin duda por no tener buenas noticias que dar á sus gobernados, prefiere guardarse las que recibe. ¡Buen sistema!

Y tan bueno.

Es lo que dirá Chamberlain:

—Mientras puedan ahorrarse diezguetes ¿por qué darlos?

Ya vendrán todos juntos si el cielo no se desencapota y sigue lloviendo.

## El discurso de Chamberlain

El imperturbable ministro inglés no dá el brazo á torcer por nada; por nada: por más descalabros que sufran las tropas británicas, él conserva plena confianza en el resultado de la guerra; es más, se mofa de los que no opinan como él; no se toma el trabajo de tratarlos de malos patriotas, de «Little Euglanders», les considera como tontos, sencillamente. Para él, hasta ahora no han ocurrido más que incidentes sin importancia. La batalla de Glencoe? Incidente sin importancia. Elanogaate? Incidente sin importancia. La captura de un regimiento de húsares? La destrucción de las vías férreas y tantos otros sucesos de trascendencia? Incidentes sin importancia! Chamberlain tiene una

confianza absoluta en la táctica inglesa, en el valor inglés, en la perseverancia inglesa.

¿Es la serena tranquilidad del gran Pitt en su lucha contra Francia? O es la obstinación estrecha de Lord North durante la insurrección de las colonias inglesas de América? Nos inclinamos hacia la segunda hipótesis. Y estamos convencidos de que los hechos no tardarán en darnos la razón. En el estado de cosas actual, ni la victoria había de ser una solución favorablemente definitiva para los ingleses.

## PRISIONEROS BOERS

Ingleses y boers se han quejado contradictoriamente de felonías perpetradas por el enemigo, ya izando bandera blanca para poder disparar á mansalva, ya hostilizando ambulancias protegidas por la enseña de la Cruz Roja, ya atropellando á infelices heridos.

El «Rotterdamse Oparant» añade á esas quejas las que trae una carta particular sobre la vida impuesta á los prisioneros boers, encerrados á bordo de un buque de guerra, en la bahía del Cabo.

«El barco—dice—está fondeado en la caía Symons, á una hora del ferrocarril al Sud del Cabo. Allí está nuestra cárcel.

«Mientras los prisioneros ingleses están en Pretoria, la capital, jugando al foot ball sobre un césped delicioso, los africanos van descalzos en su mayoría por el puente de un buque de guerra, y son prisioneros en la completa acepción de la palabra. Se les permite recibir á los amigos, que pueden llevarles frutas y tabaco; pero las visitas salen caras, pues además del viaje, hay que pagar dos obelines cada vez para trasladarse á bordo, y no se permite la visita más que de una á cuatro de la tarde.

«La lectura de los periódicos les está prohibida á los prisioneros.

«Sabia yo—añade la carta—que en el campo de batalla se cogen armas y municiones, caballos y sillas; pero ignoraba que se despojara á los prisioneros, á los heridos y aun á los muertos, como hicieron en Elandslagte los ingleses. No solamente fueron robados los vivos y

los muertos, sino también los heridos y los moribundos. Al Sr. Bylevelt, cate-drático en el Instituto de Pretoria, que yacía herido en el campo de batalla le quitaron cuanto llevaba encima, incluyendo 14 libras esterlinas. Al comandante Kosh, fallecido más tarde en Natal, le robaron 40 libras esterlinas. El Dr. Coester, que estaba agonizando, fue también robado.

«A los prisioneros que están encerrados aquí también se le ha quitado todo: relojes, dinero, llaves, cortaplumas, pañuelos, etc. Al Sr. Mantel le amenazaron con las bayonetas si no entregaba su reloj. Otro tuvo que quitarse los zapatos para hacer ver que no llevaba dinero en ellos. Aun los anillos de boda se nos quitaron. A un herido le cortaron el dedo para quitarle la sortija.»

El corresponsal del mismo periódico de Rotterdam cuenta que en la misma batalla de Elandslagte un pelotón de 90 boers tiró las armas mostrando que se rendían; y, no obstante, fueron atacados y diezmados por los lanceros ingleses.

Los que escaparon á la matanza, fueron llevados por de pronto á Ladysmith donde los metieron en los «hoyos de ca-fres.»

Transportados luego á Durban han sido encerrados en la sentina de un buque transporte, de donde acababan de sacar caballos, sin limpiar siquiera el oscuro recinto, rebosando insectos y suciedad.

Allí se alimentan con carne salada y bizcocho. Un oficial inglés notaba que el alojamiento de los prisioneros recordaba el de los esclavos á bordo de un buque negrero.

## LAS MINAS DE HIERRO

Señor director de EL ECO DE CARTAGENA.

Mi estimado amigo: No creo que la opinión en ese país deba permanecer dormida ante el necesario conflicto que hay de producir en nuestra sierra los proyectos del señor Villaverde complementarios al presupuesto de ingresos.

Hasta hace poco se creía que la des-graciada obra del ministro de Hacienda no saldría de proyecto desdichado; pero

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 1057

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1056

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 1053

Y Pommeferre debió por el Buen Suceso, ganó la Carrera de San Gerónimo, y se metió por la calle del Príncipe y la calle de las Huertas

Reconoció á la izquierda, hácia la plazuela del Angel, y encontró el postigo y la reja.

Se fué á la acera de enfrente, dejó en el suelo la cesta, que por ser bastante fuerte pudo servirle de asiento, y se puso á templar la vibacía.

Pero no había acabado aún de templarla, cuando oyó un siseo en la reja.

Acercóse, cargado con la cesta, y vió en la reja, por la parte interior, un bulto, porque la noche era entrecelara.

—¿Con quien hablo? dijo Pommeferre.

—Con Giusseppina, dijo una voz muy dulce: mi señora ha oido vuestra guitarra; pero no se ha atrevido á bajar, no sea que vuelva el abate.

—Pues me alegro, señora Josefina, dijo Pommeferre; porque yo estoy que me muero por vos. Giusseppina no contestó.

—¿Tanto os ha asustado lo que os he dicho, señora observó Pommeferre, que se os ha quitado la voz?

—Es que yo no había bajado aquí para eso, dijo turbada Giusseppina.

—Vamos, tórtola mía, dijo Pommeferre: á vos nadie os ha dicho que sois la morenita mas linda del

—Ea, pues hasta mañana por la mañana, si Dios quiere.

—Buenas noches.

VII

Pommeferre salió completamente embarazado. La cena pesaba seriamente, y por otra parte, llevaba la guitarra.

—Esto no puede ser, dijo Pommeferre: si tuviera tres manos me quedaría una para la espada; pero Dios no me ha dado mas que dos, y es necesario arreglarnos á fin de que nos quede libre la derecha.

Se colocó la cesta en el brazo, cogió en la mano del mismo brazo, y por el mástil, la guitarra, y se embozó.

—¿Y adonde voy yo ahora? dijo: lo último debe ser Petriña, esto es, la cena y el reposo: yo daría una vuelta por casa del maestro de escuela; pero se me van á comer la cena; no me conviene, no les ha hecho Dios el hocico para ser tan regalado: nada, nada; al postigo del jardín del abate Alberoni; si es temprano, que seba: yo puedo muy bien estar dando música á las buenas mozas de la vecindad; siempre ha sido la calle de las Huertas calle de buenas mozas: ea, adelante.

IV

Pommeferre abrió su maleta, puso en ella cuarenta y tres doblones, y se quedó con solos dos y algunos ducados, que tomó de un rincón de la maleta.

A seguida bajó á las caballerizas, ensilló y enfrenó por sí mismo el caballo que mejor le pareció de los que allí tenía el marqués de Fuentes, salió por el postigo de la cerca, y partió al galope hácia Madrid, á cuya puerta de Alcalá llegó á punto que daban las diez en el reloj del palacio del Buen Retiro, y cuando ya los del resguardo de la real hacienda tenían la puerta entornada.

—¡Buen gineo y buen caballo! dijo uno de los guardas.

—Porque se puede, dijo Pommeferre, que éis, como dicen los andaluces, muy alabanoso, menos cuando hacia el papel de demandadero en el convento de las Ursulinas.

V

Pommeferre, que había tomado por la calle de Alcalá, dijo para sí:

—Pues ahora me acuerdo, y no me atrevo á espe-